

Carlos Liscano

Un ciudadano que trabaja  
y cumple con su deber

Soy un hombre sencillo. Nunca fui lo que suele llamarse un hombre de pensamiento. Tampoco un hombre de acción. Creo que pertenezco a los más, a los que sólo cumplen desde que nacen hasta que mueren. Quizá de ahí surja mi espíritu igualitario: soy uno de la mayoría. Entiendo las rebeliones, siempre traté de comprenderlas. Pero tengo para mí que, pasadas esas etapas de violencia y transformaciones, vuelve la disciplina de la vida civil, los deberes a horas fijas. El reino de los que cumplen y construyen, de los que sostienen el mundo sin querer transformarlo. Después de los cambios se busca la estabilidad, y la estabilidad necesita de nosotros, los silenciosos. Nadie ha cantado nunca a los silenciosos porque carecemos de poesía. Somos prosa, pero somos la prosa de la vida.

Las rebeliones comienzan en razonamientos equivocados. La corrupción no es patrimonio de un tipo especial de sociedad. Cuando la corrupción domina una sociedad, los primeros en elevar la voz son los moralistas. Luego ocurren las rebeliones y vienen los cambios. Pero al corrupto no se le opone el moralista sino el hombre gris. El hombre gris, el hombre cumplidor, es el que hace que las sociedades funcionen.

Mi forma de ser nunca me permitió ser agitador, pero en oportunidades he sentido el impulso de destacar la importancia de los que han nacido sólo para cumplir. Me gustaría hacer un llamado a todos los hombres grises del mundo, exhortarlos a que se unan.

¿Qué ocurriría si los hombres grises del mundo exigiéramos que se reconociera nuestro verdadero papel en la vida? ¿Qué ocurriría si los hombres grises no aceptáramos seguir bajo la dirección de los que brillan? Si nosotros nos rebeláramos, la corrupción hundiría las sociedades en el desastre aunque centenares de moralistas levantaran su voz. Pero no hay peligro, los hombres grises seguiremos cumpliendo. Nosotros necesitamos las normas, sin ellas no existimos. Cuando uno llega al mundo, las normas ya están. Es mejor seguirlas. Yo defiendo las normas. ¿Qué sería del mundo sin ellas?

Yo soy un ciudadano que trabaja y cumple con su deber. Pero he descubierto que es muy difícil ser un completo hombre gris. Muchas veces uno sueña con otras vidas, más interesantes, que viven otros. Alguna vez he pensado lo siguiente. Supongamos que yo vivo en un país donde un día comienza a estar prohibido

reunirse, prohibido criticar al gobierno, prohibido salir a las calles por la noche, prohibido publicar cierto tipo de noticias.

Se sabe que algunos ciudadanos han sido detenidos y la gente comienza a sentir temor y muchos deciden huir a otros países. Se dice que algunos detenidos mueren en las cárceles. Varios de mis compañeros dejan de presentarse a trabajar y yo no sé si han huido, o si han desafiado las prohibiciones y por eso están detenidos. Yo sé que todo esto está ocurriendo y no entiendo por qué, pero es notorio que algunos colaboran con las autoridades enviando a la cárcel a sus conciudadanos y hasta viven mejor. Todo se ha vuelto enrarecido y triste. Algunos amigos míos también han ido a parar a la cárcel o han muerto en medio de espantosas torturas y lo mismo le ha pasado a varios vecinos. Yo siento que día a día tengo más miedo sin conocer el motivo.

De pronto me entero de que para mí sólo hay dos caminos: ser encerrado en alguna cárcel o colaborar con los que gobiernan y de ese modo salvarme. En ese dilema estoy cuando viene alguien del gobierno y me dice: "¡Elija!"

Si eso llegara a ocurrirme, yo elegiría el mayor de los sacrificios y enviaría a la cárcel a alguien que conozco, y tal vez a otros que apenas conozco. Y si fuera necesario los torturaría, para defender lo único que tiene valor, la libertad. Sí señor, eso es lo que haría, defender mi libertad como fuera.